

POETAS DE COLOMBIA

LUIS C. LÓPEZ

Poesías de un libro inédito que tal vez se imprima en Costa Rica.

SE MURIÓ CASIMIRO...

«A muertos de mogollón
da de balde la parroquia»...

QUEVEDO.

Se murió Casimiro el campanero
de la iglesia rural. Y esta mañana
lo llevaron al último agujero,
con tres o cuatro dobles de campana...

Se lo llevaron bajo un aguacero,
definitivamente. Y quedó Juana,
su sobrina, sin sol y sin alero.
¡Y tan hermosa como casquivana!...

...¡Y quién podrá decir que Casimiro
no apuró sorbo a sorbo, en un suspiro
y otro suspiro, un cáliz de amargura,

conociendo la lengua viperina
de las devotas! ¡Conociendo al cura!
¡Y conociendo tanto a su sobrina!

A UN PERRO

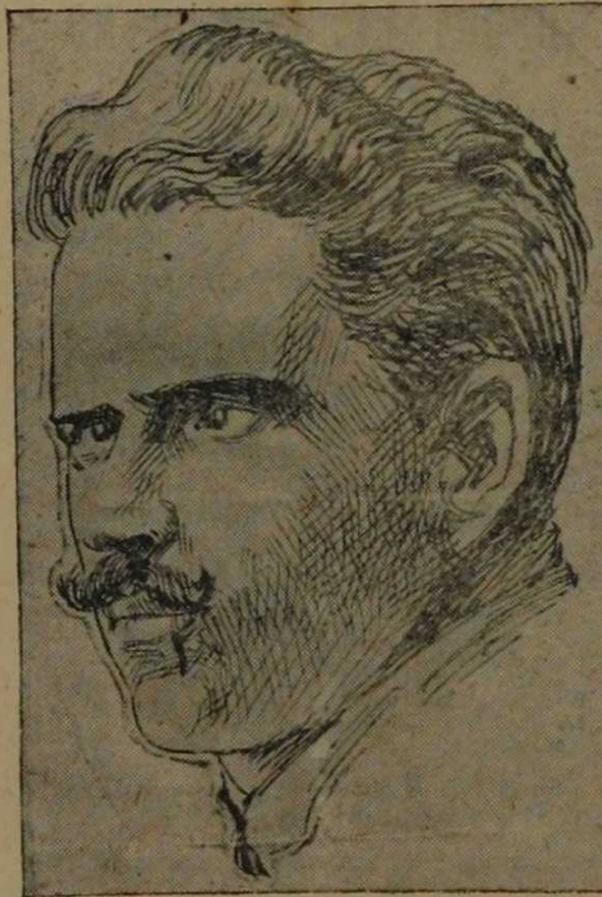
«Todo es igual y lo mismo».
FENELÓN.

¡Ah, perro miserable,
que aun vives del cajón de la bazofia,
—como cualquier político—temiendo
las sorpresas del palo de la escoba!

¡Y provocando siempre
que hurtas en el cajón pleno de sobras,
—como cualquier político—la triste
protesta estomacal de ávidas moscas!

Para después ladrarle,
por las noches, bien harto de corroña,
—como cualquier político—a la luna,
creyendo que es algún queso de bola...

¡Ah, perro miserable,
que humilde ocultas con temor la cola,
—como cualquier político del día—
¡y no te da un ataque de hidrofobia!!



LUIS C. LÓPEZ

(El Espectador, Bogotá)

MEDIO AMBIENTE

—«Papá, ¿quién es el rey?
—Cállate, niño, que me comprometes».

SWIFT.

Mi buen amigo el noble Juan de Dios, compañero
de mis alegres años de juventud, ayer
no más era un artista genial, aventurero...
—Hoy vive en un poblacho con hijos y mujer.

...Y es hoy panzudo y calvo. Se quita ya el sombrero
delante de un don Sabas, de un don Lucas... ¿Qué hacer?
La cuestión es asunto de catre y de puchero,
sin empeñar la «Singer» que ayuda a mal comer.

Quimeras moceriles—mitad sueño y locura;
quimeras y quimeras de anhelos infinitos,
y que hoy—como las piedras tiradas en el mar—

se han ido a pique oyendo las pláticas del cura,
junto con la consorte, la suegra y los niñitos...
¡Qué diablo! Si estas cosas dan ganas de llorar.

A MI CIUDAD NATIVA

«Ciudad triste, ayer
reina de la mar»...

J. M. DE HEREDIA.

Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada...
—¡Ya no viene el aceite en botijuelas!...

Fuiste heroica en los años coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, con tu tristeza y desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

APUNTES CALLEJERAS

«¡Qué espectáculo! Pero
no pasa de ser un espec-
táculo».—GOETHE.

¡Oh, qué moza flexible y sandunguera
de pueblo, alegre como un cascabel,
y con algo de avispa y de pantera!
—Ojos de brasa y boca de clavel.

¡Con qué garbo, pindonga y zalamera,
cruza la multitud! Y don Abel
surge al paso gentil de la hechicera...
—¡Qué chica hecha de sal y hecha de miel!

Don Abel, agiotista adinerado,
voluminosamente colorado,
le suelta un beso a la muchacha: está

sudoroso, la tez congestionada...
Y ella le grita, en una carcajada
vibrante y juvenil: —¡Adiós, papá!

A SATAN

«¡Acude, rey infernal!»
DANTE.

Satán, te pido una alma sencilla y complicada
como la tuya. Una alma feliz en su dolor.
Tú gozas—y yo envidio tu alegre carcajada—
si un tigre, por ejemplo, se come a un ruiseñor.

¡Mi vida, ésta mi vida te ofrece una trastada!
—Mi vida, flor inútil, sin tallo y sin olor,
se dobla mustiamente, ya casi deshojada...
Y el tedio es un gusano peludo en esa flor.

¡Pensar diez disparates y hacer mil disparates!...
Pues tú, Satán, no ignoras que yo perdí el camino,
y es triste—aquí en la tierra del coco y del café—

vivir como las cosas en los escaparates,
para de un aneurisma morir cual mi vecino...
—¡Murió sentado en eso que llaman W. C.!